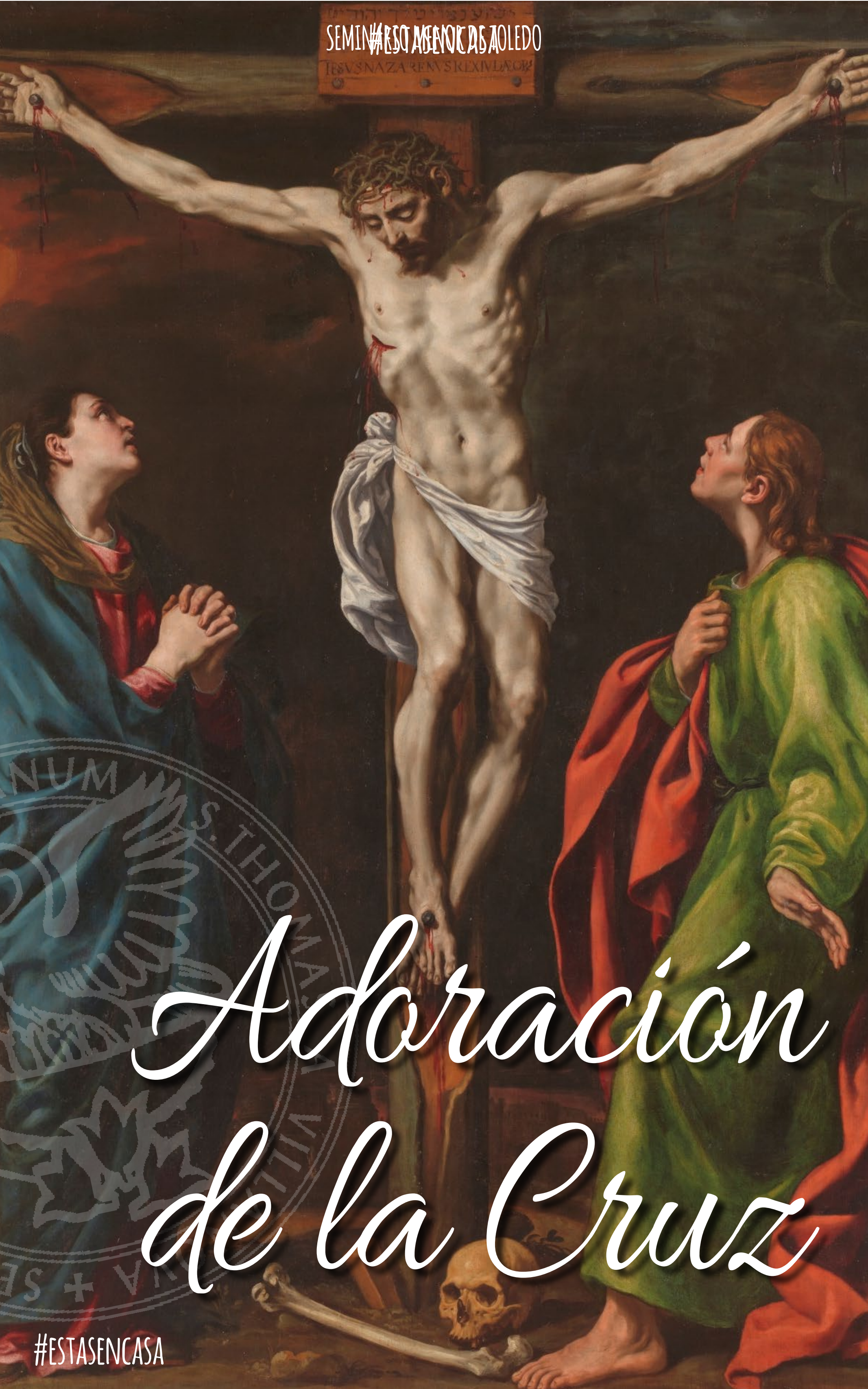


SEMINARIO MENOR DE TOLEDO

IESVS NAZARENVS REX IVDÆORVM



Adoración de la Cruz

#ESTASENCASA



ADORACIÓN DE LA CRUZ

“Tengo sed”

Tras haber impreso esta oración, a la hora prevista, la familia se reúne en torno a un lugar preparado en la casa con poca luz para la oración simplemente ante la imagen de Cristo en la Cruz. Se tienen preparados en una bandeja un martillo y unos clavos. Empezamos todos en pie

El padre de familia dice:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

Todos contestan:

Amén

El padre de familia:

Adorar quiere decir en latín reverenciar o rendir culto a Dios. A estas horas del Viernes Santo, tras haber participado espiritualmente en la Celebración de la Pasión vamos a adorar la Cruz de Jesús.

Adoramos el Cuerpo torturado y crucificado de Jesús. Pero adorar es también amar hasta el extremo y gustar de algo extremadamente. Nuestra adoración es sin duda una respuesta muy pobre hacia el amor extremo de Cristo y su sacrificio en la Cruz. Cristo nos hace más suyos, Cristo nos invita a compartir su cruz. Jesús nos invita en esta adoración a recomponer este mundo por la entrega de la vida.

Jesús gritó en la cruz: “Tengo sed”. Dice el Papa Francisco que: “En tu sed, Señor, vemos la sed de Tu Padre misericordioso que en Ti quiso abrazar, perdonar y salvar a toda la humanidad”.

Y estará con nosotros también la Dolorosa Madre del cielo, la Virgen María. Ella también es la primera adoradora de la Cruz. No sólo sufrió junto a la cruz, sino adoró la voluntad de Cristo ofrecida al Padre eterno por la salvación del mundo. Fue ella la primera que acudió junto al Costado de Cristo, fuente de Agua viva.

A Ella le pedimos que nos dé su mano maternal y nos meta dentro de las llagas del Crucificado, que son refugio y fortaleza para el mundo. Que María nos haga escuchar esta palabra de Jesús: “Tengo sed”. Escuchamos ahora el canto [“Canto de María”](#)

EVANGELIO

La madre de familia:

Del evangelio según San Juan

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Breve silencio.

La madre:

La sed de Jesús traspasa el evangelio de San Juan. Jesús tiene sed. Es una sed espantosa. No ha comido ni bebido nada desde la noche anterior, la transpiración natural, el sudor, la pérdida de sangre produce sed. Jesús ha perdido mucha sangre desde el sudor de sangre en el huerto y luego con el tormento de la flagelación y con la crucifixión.

El salmo 22 dice: “Mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar”. Y sin embargo los tiempos del Mesías que tenía que venir fueron anunciados por Isaías como los de agua y cosechas abundantes: “Convertiré el desierto en lagunas y la tierra árida en hontanar de aguas” (Is 41,18) “Serán alumbradas en el desierto aguas y torrentes en la estepa; se trocará la tierra abrasada en estanque y el país árido en manantial de agua” (Is 35, 6-7). “No tendrán hambre ni sed, porque el que los compadece los guía a manantiales de agua” (Is 49,8s).

Hacía casi un año que en la fiesta de los tabernáculos Jesús había clamado en Jerusalén: “Si alguno tiene sed que venga a mí y beba. Quien cree en mí, como ha dicho la Escritura, de su seno correrán torrentes de agua viva” (Jn 7,37s).

Es lo que había dicho a la mujer samaritana en otro momento en que estaba también acuciado por la sed: “Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva”. “El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna” (Jn 4,10.14). Y sucede que, cuando la mujer se interesa por aquella agua, a Jesús se le pasa su sed; como se le pasó también el hambre. Se extrañaron los discípulos de que tan pronto se le hubieran pasado el hambre y la sed. Y Jesús les dice: Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”. Por obra de aquella mujer, que ha bebido de su agua, el corazón de los habitantes de aquel pueblo de Samaría se abre sediento y cree en Jesús. Esta es el agua que Jesús necesita para calmar su sed.

Uno de los hermanos:

Saciaremos la sed de Cristo si nosotros respondemos como la samaritana. Esta es el agua y el pan que Jesús necesita. Saciaremos la sed de Cristo si nosotros en primer lugar, arrepentidos de nuestros pecados, nos acercamos a su Corazón para beber de él. Lo ha dejado abierto tras la lanzada. Saciaremos la sed de Cristo si somos sensibles a su amor y le buscamos amadores. “Hemos creído en el amor”. Saciaremos la sed de Cristo confiando siempre en él. Si somos capaces de demostrarlo sufriendo algo por él. Si somos capaces de colaborar con él sembrando o recogiendo. Si somos capaces de hacer lo que hizo aquella mujer recién convertida, manifestando a todos lo que Jesús había hecho con ella. Porque es que, además, lo mismo que a Jesús nos pasa a nosotros. Apagaremos nuestra sed y nuestra hambre si llevamos a otros el agua y el pan de la vida.

“En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre” (Salmo 69). “Había allí un jarro de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca”.

No demos a Cristo otra agua que la que le calma la sed: el amor de los hombres, que es vida para ellos; porque ha venido “para que los hombres tengan vida y vida abundante”. Sin ésta,

cualquier otra, aun con la mejor voluntad como la del soldado por un momento movido a compasión, es para Cristo vinagre. Toda nuestra vida debe ser cristiana y eso significa que en el templo y en la calle, en la familia y el trabajo, con amigos y con los que nos miran mal, con todos y en todas partes manifestamos el amor de Cristo. “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Salmo 42,). “¡Oh Dios! Mi alma está sedienta de Ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” (Salmo 63). “¡Qué maravillosa es tu misericordia, oh Dios! Los hombres se acogen a la sombra de tus alas les da a beber del torrente de tus delicias; porque en está la fuente viva” (Salmo 36,8-10).

Otro de los hermanos:

Nos resistimos a beber de esa fuente de aguas vivas que es el Corazón de Jesús. Somos fríos y perezosos. Le damos el vinagre de nuestra pasividad ante su palabra encendida, de nuestra insensibilidad ante sus sufrimientos que no acaban de cambiarnos la vida, de nuestra fe dormida que no reacciona ante tanto sufrimiento de Cristo por nuestros pecados para liberarnos del infierno.

El agua fresca que calma la sed de Cristo, es el arrepentimiento de nuestros pecados, el cambio de nuestro pensar y nuestros valores, de nuestros deseos y aspiraciones, de las causas de nuestras tristezas y alegrías. Saciamos la sed de Cristo acercándonos a su Corazón traspasado y bebiendo del agua viva y de la sangre que nos ofrece.

Canto: [“Te quiero”](#)

Breve silencio.

El padre de familia dice:

Escuchamos ahora el testimonio de Esther Sáez que sufrió en su propia carne los atentados terroristas del 11 M de Madrid en 2004:

“Jamás pensé que iba a dar un testimonio con un Crucificado detrás, pero tiene mucho sentido porque es como me sentí en los atentados del 11 M. Aquél día iba a trabajar. Yo soy farmacéutica y

trabajaba en investigación de fármacos nuevos. En ese momento investigaba en medicamentos para el corazón y para el cáncer de ovario. En ese 11 M una bomba estalló en el mismo vagón en el que viajaba. Fue horrible, pero no perdí la consciencia en ningún momento. A mi alrededor había restos humanos y un chico muy joven muerto. Un grupo de pasajeros que no se vieron afectados por el atentado entraron en el vagón y me consiguieron sacar. Me dejaron en el suelo y una persona me dio la mano y me decía: No te preocupes, todo va a ir bien. Pocos minutos después, llegó una ambulancia y me llevaron al Gregorio Marañón. Al llegar perdí la consciencia. Mi diagnóstico era bastante malo: llevaba la arteria hepática seccionada, se me habían estallado los pulmones, tenía la cabeza quemada por detrás, mis orejas habían volado... estaba hecha un Cristo. Las operaciones de urgencia se sucedieron, me tuvieron que someter a un masaje cardíaco porque me iba. Y cuando recuperé la consciencia viví un auténtico infierno: cada media hora me limpiaban la traqueotomía y creía que me iba a asfixiar. Sentía que se me escapaba la vida. Sin embargo el sufrimiento más grande no fueron los tremendos y desproporcionados dolores que sufría sino todo lo que tuvo que soportar mi familia. Mi marido no me localizaba por ningún sitio, y una vez que me encontró, no me acordaba de ellos. No recordaba que tenía 2 hijos pequeños, y eso era dolorosísimo. Me pasaba las noches llorando. Hasta que sentí una voz en mi interior que me dijo: “Esther no tengas miedo. Estoy aquí contigo. Me he clavado en esa cruz que te ha tocado vivir para que nunca te sientas sola. Y yo le pregunté: ¿por qué me has abandonado? Se lo pregunté a Cristo y lloré amargamente porque no quería mirarle a los ojos. Pero Dios, es muy tozudo, me agarró para que no le diera la espalda. No me dejó caer. Siguió pegado a mí, como si me dijera que Él nunca se ha bajado de la cruz. Esto supuso un antes y un después en su vida. Entendí que el culpable de lo que me había pasado no era él. Al contrario, Cristo estaba ahí ofreciéndose por mí y redimiendo mi dolor, mi angustia, mi miedo. En aquellos días sentí una paz tan tremenda que era imposible acusarle de nada. Al revés, era mi aliado en esa recuperación. Ahora estoy convencida de que Cristo nos mira siempre y cuanto más sufrimos, más pendiente está de nosotros. Es como si nos dijera: Sé lo que estás pasando porque yo lo pasé antes en Getsemaní”.

(El testimonio completo, grabado en la catedral de San Sebastián está en: <https://www.youtube.com/watch?v=b7FiBqOBfOM>)

La madre:

Alabemos a Jesús, que nunca se ha bajado de la Cruz y adoremos el Santo Madero con el cual Cristo derribó el muro de los odios, haciéndonos en Él, Hijos de Dios. Decimos todos: *Tengo sed de ti, Señor*

Cada uno de los hermanos:

* Oh Buen Jesús, te miro clavado en la cruz y me sonrojo de verte tan dolorido y abandonado, tan lleno de heridas y golpes, tan lleno de amor por nosotros. *R/.*

* Hoy te suplico que, desde la cruz, me mires con el mismo amor con que miraste a la mujer pecadora, al joven rico, a Pedro cuando te negó o al ladrón arrepentido, a quien prometiste estar contigo en el paraíso. *R/.*

* Yo te alabo y engrandezco, porque eres bueno, porque nos dejaste un ejemplo de entrega sin límite, porque viniste a nuestro mundo y te hiciste pequeño y pobre para que nunca te temiéramos, sino que te amáramos siempre. *R/.*

* Te pido misericordia Jesús Crucificado por los enfermos de coronavirus y sus familias, y suplico que pronto se termine esta pandemia tan dolorosa. *R/.*

El seminarista:

Ahora pasaremos de uno en uno un martillo y unos clavos que nos recuerdan que Cristo subió a la cruz para salvarnos. Y que su cruz es el remedio de todos los males de la humanidad. Al final los dejaremos junto a la imagen del Cristo crucificado. Mientras, escuchamos y rezamos con esta canción: [“Al menos tú ámame”](#)

La madre de familia:

Vamos a escuchar ahora esta oración que la Madre Teresa de Calcuta compuso como respuesta a las palabras que Cristo le dirigió el 10 de septiembre de 1946 y que la condujeron a servir a los pobres. Esta oración está puesta en labios de Cristo a cada uno de nosotros:

Tengo sed de Ti

Mira que estoy a la puerta y llamo... Es verdad. Estoy a la puerta de tu corazón, de día y de noche. Aun cuando no estés escuchando, aun cuando dudes de que pudiera ser Yo, ahí estoy; esperando la más pequeña señal que me permita entrar. Quiero que sepas que cada vez que me invitas, Yo vengo siempre, sin falta. Vengo en silencio e invisible, pero con un poder y un amor infinitos, trayendo los muchos dones de mi Espíritu. Vengo con mi misericordia, con mi deseo de perdonarte y de sanarte, con un amor hacia ti que va más allá de tu comprensión.

Te conozco como la palma de mi mano, sé todo acerca de ti, hasta los cabellos de tu cabeza he contado. No hay nada en tu vida que no tenga importancia para mí. Sé lo que hay en tu corazón, conozco tu soledad y todas tus heridas, los rechazos, las humillaciones, Yo lo sobrellevé antes que tú. Y todo lo sobrellevé por ti, para que pudieras compartir mi fuerza y mi victoria. Conozco, sobre todo, tu necesidad de amor.

Venid a Mí todos los que tenéis sed... Yo te saciaré y te llenaré. ¿Tienes sed de amor? Te amo más de lo que puedes imaginarte... hasta el punto de morir en la cruz por ti. Tengo sed de ti. Sí, esa es la única manera en que apenas puedo empezar a describir mi amor: Tengo sed de ti. Tengo sed de amarte y de que tú me ames. Ven a Mí y llenaré tu corazón y sanaré tus heridas. Te haré una nueva criatura y te daré la paz aun en tus pruebas. Tengo sed de ti. Nunca debes dudar de mi misericordia, de mi deseo de perdonarte, de mi anhelo por bendecirte y vivir mi vida en ti, y de que te acepto sin importar lo que hayas hecho. Tengo sed de ti. Si te sientes de poco valor a los ojos del mundo, no importa. No hay nadie que me interese más en todo el mundo que tú. Tengo sed de ti. Ábrete a mí, ven a mí, ten sed de mí, dame tu vida.

Confía en mí. Pídemelos todos los días que entre y que me encargue de tu vida y lo haré. Te prometo ante mi Padre en el cielo que haré milagros en tu vida. Lo único que te pido es que te confíes completamente a mí. Yo haré todo lo demás. Todo lo que has buscado fuera de mí sólo te ha dejado más vacío; así que no te ates a las cosas de este mundo, pero, sobre todo, no te alejes de mí cuando caigas. Ven a mí sin tardanza porque cuando me das tus pecados, me das la alegría de ser tu Salvador. No hay nada que Yo no pueda perdonar y sanar, así que ven ahora y descarga tu alma. No importa cuánto hayas andado sin rumbo, no importa cuántas veces me hayas olvidado, no importa cuántas cruces lleses en esta vida; hay algo que quiero que siempre recuerdes, y que nunca cambiará: tengo sed de ti, tal y como eres.

No tienes que cambiar para creer en mi Amor; tu confianza en ese Amor te hará cambiar.

Tú te olvidas de mí y, sin embargo, Yo te busco a cada momento del día y estoy a las puertas de tu corazón, llamando. ¿Encuentras esto difícil de creer? Entonces mira mi Cruz, mira mi corazón que fue traspasado por ti. ¿No has comprendido mi Cruz? Escucha de nuevo las palabras que dije en ella, pues te dicen claramente por qué Yo soporté todo esto por ti: Tengo sed. Sí, tengo sed de ti. Como el resto del salmo que Yo estaba rezando dice de mí... ‘esperé compasión inútilmente, esperé alguien que me consolara y no lo hallé’. Toda tu vida he estado deseando tu amor. Nunca he cesado de buscarlo y de anhelar que me correspondas; tú has probado muchas cosas en tu afán por ser feliz. ¿Por qué no intentas abrir tu corazón, ahora mismo, más que antes?

Cuando finalmente abras las puertas de tu corazón y te acerques lo suficiente, entonces me oirás decir una y otra vez, no en meras palabras humanas, sino en espíritu: No importa qué es lo que hayas hecho, te amo por ti mismo. Ven a mí, con tu miseria y tus pecados, con tus problemas y necesidades, y con todo tu deseo de ser amado. Estoy a la puerta de tu corazón y llamo. Ábreme, porque tengo sed de ti...

Luego el padre de familia dice:

SEÑOR, DANOS SACERDOTES

Todos:

SEÑOR, DANOS SACERDOTES

El padre de familia:

SEÑOR, DANOS MUCHOS SACERDOTES

Todos:

SEÑOR, DANOS MUCHOS SACERDOTES

El padre de familia:

SEÑOR, DANOS MUCHOS Y SANTOS SACERDOTES

Todos:

SEÑOR, DANOS MUCHOS Y SANTOS SACERDOTES

El padre de familia:

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Todos:

EN VOS CONFÍO

El padre de familia:

INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Todos:

SED NUESTRA SALVACIÓN

El padre de familia:

SAN JOSÉ, Y BEATO JOSÉ SALA,

Todos:

**ROGAD POR NOSOTROS Y DEFENDÉDNOS DE LA PANDEMIA
DEL CORONAVIRUS**

El padre de familia:

AVE MARÍA PURÍSIMA.

Todos:

SIN PECADO CONCEBIDA.

Y nos **santiguamos.**



*Flagrantes
Illuminamus*